

Chile y el nuevo e incierto mundo

Heraldo Muñoz

Durante muchos años el escenario internacional y, por consiguiente los desafíos externos para Chile y el resto de los países, estarán marcados por dos grandes acontecimientos sorprendentes y traumáticos: la caída del Muro de Berlín en 1989 y la caída de las Torres Gemelas de Nueva York el 11 de septiembre del 2001. La primera simbolizó el fin de la guerra fría que caracterizó la política mundial durante la segunda mitad del siglo XX. Además, la caída del muro señaló la aceleración de la globalización económica como fenómeno dominante de la post-guerra fría. La segunda representó un hito de cambio en las relaciones internacionales y en las políticas de seguridad. Por primera vez una agresión externa equivalente al estallido de una guerra golpeó el territorio continental norteamericano, dejando una sensación de vulnerabilidad de Estados Unidos que acabó con la premisa del "excepcionalismo" estadounidense postulada por Seymour Martin Lipset. La política de defensa norteamericana, orientada a establecer un escudo espacial antinuclear, se vio cuestionada por una amenaza terrorista no-convencional. Paralelamente, Estados Unidos pasó a priorizar sus lazos con aliados tradicionales y potencias claves, con una consecuente declinación de la importancia de ciertas regiones, en función de una lucha antiterrorista de largo aliento.

Ni la caída del Muro de Berlín ni la de las Torres Gemelas dieron lugar a cambios propiamente tales sino que, más bien, pusieron en evidencia o trajeron a un primer plano fenómenos que ya estaban incubándose o desarrollándose hacía tiempo, tales como la globalización económica o las amenazas de seguridad no-convencionales.

EL ESCENARIO DE LA POST-GUERRA FRÍA

El inicio de la década de los noventa marcó el fin del principal conflicto del siglo XX: la guerra fría.

La caída del Muro de Berlín en 1989 simbólicamente puso fin al conflicto Este-

Oeste y provocó, en definitiva, el desmoronamiento de la filosofía, los instrumentos y la propia institucionalidad de seguridad surgidas después de la Segunda guerra Mundial. En América Latina, la guerra fría vinculó los problemas internos del desarrollo con la confrontación entre las

dos superpotencias. Esta confrontación también llevó a Washington y Moscú a legitimar o combatir gobiernos según su alineamiento con los respectivos bloques. En América Latina la lógica externa de la contención del avance del comunismo primó sobre los factores internos. Desaparecida la Unión Soviética, Estados Unidos perdió entonces el concepto organizador de su política exterior: la contención de la URSS y de la ideología comunista.

**La democracia se tornó
en principio esencial de la inserción
externa del subcontinente
en la post-guerra fría.**

En los noventa la administración del Presidente Bill Clinton definió la nueva política de seguridad de su país como de “ampliación” de la comunidad de democracias de mercado, en contraste con la antigua política de “contención” del comunismo. Sin embargo, como ha señalado Lester Thurow, quedó en evidencia una enorme dificultad: Estados Unidos se había preparado durante medio siglo para confrontarse militarmente con la Unión Soviética, que había dejado de existir, pero ahora y durante quizás el próximo medio siglo se perfilaba un conflicto de carácter económico, esta vez con la Unión Europea y Japón¹. Es decir, las guerras comerciales reemplazarían a la guerra fría.

Entretanto, en América Latina, dos cambios fundamentales, previos a la caída del Muro, estaban desarrollándose. En América del Sur, la década de los ochenta e inicios de los noventa trajo el retorno a los sistemas democráticos. La democratización tuvo un impacto importante en la percepción y ejecución de las políticas de seguridad y en las políticas exteriores. La democracia se tornó en principio esencial de la inserción externa del subcontinente en la post-guerra fría. Y, en América Central, los procesos de paz inaugurados con la firma del Tratado de Esquipulas, en 1987, se vieron ampliamente beneficiados por la distensión global del fin de la guerra fría.

Con el término de la guerra fría y la profundización de la globalización económica emergieron con mayor visibilidad política las nuevas amenazas a la seguridad global y regional.

El combate al comunismo dio paso al combate al narcotráfico. Y, tan grave como el uso unilateral de la fuerza, aparecieron la botadura de desechos tóxicos, el lavado de dinero del crimen organizado, el “ciberterrorismo”, las plagas globales como el SIDA, las migraciones ilegales masivas, e incluso los ataques especulativos contra determinadas monedas. A ello se agregó el incremento estructural de la violencia, el tráfico ilegal de armas pequeñas y livianas y, como efecto acumulado, el debilitamiento de la soberanía estatal.

La seguridad en la post-guerra fría dejaba de ser un tema exclusivamente militar. Los llamados “nuevos temas” llegaban para quedarse.

¹ Lester Thurow, *Head to Head*. (Nueva York: William Morrow & Co., 1992).

Por otra parte, pese a los efectos positivos del fin de la guerra fría en cuanto al alejamiento del peligro del holocausto nuclear y de la declinación de la confrontación ideológica Este-Oeste, las esperanzas de paz y cooperación derivadas de aquel hecho histórico se desvanecieron al corto andar. Nuevos conflictos reemplazaron a la guerra fría, puesto que en los 10 años desde el fin de ese período han ocurrido alrededor de 103 conflictos armados, la mayoría de ellos de carácter nacional o regional y con víctimas mayoritariamente civiles.

Junto con la desaparición de la guerra fría, la caída del Muro de Berlín puso en evidencia la creciente profundización de la globalización económica y de la conectividad mundial. Removidos los escollos de la confrontación ideológica, política y militar Este-Oeste, se aceleró el proceso de progresiva ampliación de los espacios económicos, de incesantes flujos financieros y avance tecnológico y de circulación de la información, permitiendo, entre otras cosas, que el mercado global funcione en tiempo real y las empresas piensen y se estructuren en términos de redes de alcance mundial.

La caída del muro de Berlín aceleró el proceso de ampliación de los espacios económicos.

La globalización se tornó una realidad inevitable y creciente. El viejo orden bipolar fue reemplazado por un unipolarismo político-militar, pero acompañado de un multipolarismo en el terreno económico. La competencia económica sustituyó a la rivalidad militar. El antiguo Tercer

Mundo se diluyó: algunos de sus integrantes se convirtieron en economías emergentes y están en el umbral del desarrollo; otros, lamentablemente, se debaten aún en el atraso y la marginalidad.

Las divisiones entre países alineados en el eje Este-Oeste o separados entre Norte y Sur, dieron paso a las diferencias entre regiones y países que participan y usufructúan de los frutos de la globalización y aquéllos que no participan; los primeros tienden a estar asociados al progreso y creación de riqueza, mientras que los segundos están vinculados a la exclusión y la pobreza.

Pero, la globalización ha traído consigo peligros. El crecimiento de los movimientos de capitales especulativos es uno de ellos. Cada día circulan por los mercados de cambio a nivel mundial alrededor de 1,4 billones (millones de millones) de dólares. Estos capitales se mueven con absoluta libertad, especulando y poniendo a prueba la estabilidad cambiaria y la fortaleza relativa de diversas monedas nacionales.

La crisis asiática de fines de los noventa demostró las complejas interrelaciones globales de los mercados financieros y las enormes vulnerabilidades de los Estados-naciones individuales. Las serias turbulencias desencadenadas por estas crisis terminaron afectando a América Latina a través del "contagio", provocando severas caídas bursátiles y procesos recesivos.

EL MUNDO DESPUÉS DEL ATAQUE A LAS TORRES GEMELAS

Los ataques contra el World Trade Center en Nueva York y contra el Pentágono

en Washington constituyeron un hito histórico de transformación en el escenario político y militar mundial. Los actos terroristas contra Estados Unidos removieron de manera dramática un telón que reveló una nueva realidad emergente de amenazas terroristas a la seguridad, que ya se venían perfilando desde el atentado terrorista contra las Torres Gemelas en 1993, el ataque dinamitero a las embajadas de Estados Unidos en Kenya y Tanzania en 1998 y los atentados terroristas contra la AMIA y la embajada de Israel en Buenos Aires, todos los cuales cobraron centenares de víctimas inocentes.

Estamos en presencia de una guerra no convencional a la que no puede responderse de manera convencional.

Los atentados del 11 de septiembre dejaron en claro que estamos en presencia de una guerra no-convencional y, por ende, que la respuesta no puede ser convencional. El terrorismo fundamentalista se suma a las nuevas amenazas de carácter planetario puestas en evidencia con el fin de la guerra fría, tales como el narcotráfico o los peligros medioambientales. El gran desafío es cómo combatir la “amenaza asimétrica del terrorismo”. Es decir, una amenaza no-estatal comparativamente pequeña, difusa, pero letal que pone en grave peligro la seguridad de adversarios de mucho mayor envergadura, ricos en recursos, pero vulnerables frente a este peligro. Justamente debido a la enor-

me superioridad de EE.UU. en el campo de batalla convencional, los terroristas han recurrido a medios no-convencionales.

Hasta hace poco la estrategia de seguridad norteamericana sostenía que era necesario incrementar el presupuesto de defensa en US\$ 40 mil millones para, primero, crear un sistema de defensa contra misiles nucleares y, segundo, desarrollar una superioridad estadounidense en el espacio. Sin embargo, el esquema de seguridad de “guerra de las galaxias” sirve poco o nada frente a la devastadora agresión suicida contra Nueva York y Washington, lo que no significa que este plan antimisiles vaya a ser dejado totalmente de lado, pues se argumentará que los terroristas pueden, más adelante, tener acceso a una capacidad de agresión con misiles nucleares.

Comparto la observación del historiador Eric Hobsbawm de que las guerras del siglo XXI ya no serán sólo entre Estados, sino entre Estados y poderosas organizaciones no-estatales², dotadas de recursos financieros incluso más elevados que los presupuestos nacionales de varios Estados. Pero, lo anterior no significa que inevitablemente declinará la lógica del conflicto interestatal. El levantamiento simultáneo de las sanciones a Pakistán y la India, impuestas por Estados Unidos en 1998 debido a la realización de ensayos nucleares por parte de ambos países, refleja la sensibilidad del conflicto interestatal latente entre dos aliados claves para la estrategia antiterrorista.

² Eric J. Hobsbawm, entrevista reproducida en *Clarín*, Buenos Aires, 19 de septiembre de 2001.

El esquema de seguridad de la “guerra de las galaxias” sirve de poco frente a la agresión suicida.

¿Cómo afectan los atentados del 11 de septiembre a las políticas de seguridad de nuestra región y fenómenos como la globalización que hoy predominan a nivel mundial?

Primero, en nuestra región continuarán las hipótesis de conflicto de naturaleza interestatal. Pero, a ellas se agregarán otras nuevas relacionadas con esta amenaza de un terrorismo no-estatal de alcance global que ya golpeó fuertemente a Argentina, cobrando numerosas víctimas inocentes. Debido a ello, necesitaremos, mínimamente, reforzar los servicios de inteligencia y la cooperación entre los países amigos.

Segundo, es posible que América Latina decline en importancia para Washington. La región, y México en particular, pasó a ocupar un lugar de mayor visibilidad en la agenda exterior norteamericana en los primeros meses del Presidente Bush, en la medida en que en la región convergían prioridades geopolíticas, de libre comercio y promoción de la democracia de la política exterior estadounidense. Estados Unidos tendrá ahora que dedicar especial atención a la mantención de la coalición global antiterrorista y al apoyo de China, Rusia y países claves de Asia central, además de los tradicionales aliados europeos. Pero, es necesario consignar que América Latina ya había perdido peso relativo dentro de la agenda de seguridad de Estados Unidos desde la caída del Muro de Berlín. Se ha

llegado incluso a argumentar que la región fue sólo relevante para Washington justamente debido al escenario de confrontación Este-Oeste de la guerra fría.

Pero, por otra parte, en el marco de la globalización, América Latina cobra importancia económica como mercado exportador. Hacia fines de los noventa, Estados Unidos exportaba más a Brasil que a China; más a Argentina que a Rusia; más a Chile que a Indonesia; el doble a Centroamérica y el Caribe que a Europa Oriental. Se estima que en el futuro no muy lejano Estados Unidos exportará a América Latina el doble de lo que exportará a Japón, generando así un millón de nuevos empleos. Según algunas proyecciones, en el año 2010 las exportaciones de Estados Unidos a América Latina serán mayores que las que se enviarán a Japón y la Unión Europea juntos.

Estados Unidos deberá prestar especial atención a mantener la coalición global antiterrorista.

Tercero, la globalización económica y la apertura comercial seguirán adelante pese al derrumbe de las Torres Gemelas. Después de todo, algunos terroristas compraron sus boletos aéreos por Internet. La participación de capitales de propiedad islámica en el circuito financiero mundial alcanza US\$ 230 mil millones y sus empresas operan en 75 países. Es decir, todas las religiones, grupos y culturas requieren de las tecnologías y los mercados que ofrece la globalización. Pero, es conveniente una mayor comprensión de las fuerzas de la

“globalización y la *ji*had” como las denomina Benjamin Barber en su libro *Jihad vs. Mc World*, pues, en último término, ambas tendencias desafían el Estado-nación soberano y corroen las instituciones democráticas de los Estados-naciones³.

La globalización económica y la apertura comercial seguirán adelante pese al derrumbe de las Torres Gemelas.

Paradójicamente, muchas de las ventajas características de la globalización orientadas a mejorar la productividad y profundizar la competitividad, tales como el comercio electrónico, el mejoramiento del tránsito transfronterizo, la liberalización de los procedimientos de inmigración, el prechequeo de pasajeros fuera de los aeropuertos, han sido justamente factores que han expuesto a los países desarrollados a los ataques terroristas. Muchas de estas conveniencias de la globalización se verán restringidas hacia el futuro, lo que no implica, en todo caso, un freno al proceso de globalización.

CHILE FRENTE A LOS CAMBIOS: NUEVOS RUMBOS Y ACCIONES

La clave del éxito de la lucha contra el terrorismo estará en la cooperación internacional, siempre y cuando se la conciba

como un proceso de convergencia asociativa de largo plazo y no como una reacción táctica frente a la amenaza terrorista o, en las palabras de Jacques Beltran, en la medida en que la cooperación observada no sea un “multilateralismo circunstancial”⁴.

Para derrotar el terrorismo, Estados Unidos necesita a sus aliados tradicionales, así como a China y Rusia, países que hasta hace poco parecían ser considerados por Washington como integrantes de un polo emergente adversario. Necesita también aliados moderados en Asia, el Medio Oriente y el resto del mundo. Una clave será el involucramiento más activo de Estados Unidos y otros países en el proceso de búsqueda de la paz en el Medio Oriente. Paralelamente, será necesario prestar más atención a los organismos internacionales, especialmente Naciones Unidas, y realizar mayores esfuerzos de concertación a través de la diplomacia multilateral.

Estados Unidos tendrá que revisar profundamente su manera de comprender el mundo exterior. Si se pretende aplicar eficazmente una estrategia de disuasión, será necesario comprender mejor el terrorismo. Habrá que abordar el problema en su integridad y desarrollar un enfoque que vaya más allá del uso de la fuerza. La propia crisis humanitaria de los refugiados de Afganistán sugiere que será imperativo dedicar esfuerzos prioritarios a la salud, educación y desarrollo económico de aquellos que el día de mañana, si no se les atiende, pueden transformarse en terroristas⁵.

³ Benjamin R. Barber, *Jihad vs. Mc World*, (Nueva York: Ballantine Books, 1996), p. 6.

⁴ Jacques Beltran, citado en *El Mercurio*, 1 de diciembre de 2001, p. A 10.

⁵ Ver Jessica Stern, “Being Feared is not Enough to keep us safe”, *The Washington Post*, 15 de septiembre de 2001, p. A 27.

**Muchas de las ventajas
de la globalización han sido factores
que han expuesto
a los ataques terroristas.**

Por otra parte, tanto en Chile como a nivel mundial, habrá que adoptar nuevas medidas para contrarrestar la amenaza terrorista. Será necesario aumentar la seguridad en los terminales aéreos y en los vuelos; atacar la financiación del terrorismo con medidas de control de las transacciones bancarias susceptibles de apoyar el terrorismo; ratificar diversos instrumentos internacionales contra el terrorismo y perfeccionar los acuerdos de cooperación penal. En este sentido, Chile y la Unión Europea decidieron la incorporación de medidas de cooperación contra el terrorismo en el acuerdo que se negocia entre las partes. El refuerzo de los servicios de inteligencia creando la Agencia Nacional de Inteligencia se impone en Chile como una medida indispensable para la estrategia antiterrorista.

En el marco de los atentados del 11 de septiembre, fue necesario activar el sistema hemisférico de seguridad. Así, se convocó el órgano de consulta del TIAR, y luego la XXIV Reunión de Consulta de Cancilleres, adoptándose medidas de solidaridad con Estados Unidos y de cooperación regional contra el terrorismo. Pese al reconocimiento de que el TIAR ya venía siendo cuestionado severamente desde hace años, por haber sido concebido para un momento histórico ya superado, se estimó que, siendo un tratado válido y vigente, podía ser utilizado para avanzar

en la cooperación interamericana para combatir el terrorismo.

Los atentados terroristas plantean entonces una oportunidad para un nuevo comienzo en el diseño de alternativas de seguridad colectiva en el hemisferio, acordes con los nuevos desafíos y basadas en los valores compartidos.

La OEA —y en particular su Comisión de Seguridad Hemisférica, creada en 1994— ha venido desempeñando un papel relevante en varios aspectos que van desde el apoyo a la erradicación de las minas terrestres, especialmente en Centroamérica, hasta el fomento de las medidas de confianza mutua y seguridad. Igualmente, el papel del Comité Interamericano contra el Terrorismo de la OEA será especialmente significativo en la próxima etapa, según lo acordado en la mencionada Reunión de Cancilleres.

La lucha contra el terrorismo internacional y su directa conexión con el comercio ilícito de armas pequeñas y ligeras es una faceta del problema que adquiere, en la hora presente, una dimensión e importancia indiscutibles. Se estima que dichas armas son la causa de un promedio de 1.300 muertes diarias en el planeta. Es decir, cada semana muere, por esta razón, el equivalente al total de las víctimas del terrorismo en las Torres Gemelas.

**La clave del éxito en la lucha contra el
terrorismo es la cooperación
internacional, concebida como proceso de
convergencia asociativa de largo plazo.**

Para abordar el problema del terrorismo en su integridad habrá que desarrollar un enfoque que vaya más allá del uso de la fuerza.

En otras palabras, en la actualidad, la seguridad de los Estados encara nuevos riesgos que no son de carácter tradicional como la defensa territorial o limítrofe. A su vez, quienes están detrás de estas amenazas no tienen tampoco un cariz netamente estatal. El nuevo tipo de amenaza requiere de medios de combate diferentes, lo que se ha denominado la “seguridad blanda”. Es decir, a la agenda tradicional de los conflictos interestatales se le han agregado nuevos desafíos que demandan el uso de recursos no-militares, en modalidades de conflicto no-convencionales.

Por otra parte, fomentar la “seguridad económica” internacional a través del impulso a la agenda del libre comercio no sólo ayudará a contrarrestar los efectos económicos negativos de los atentados terroristas, sino que, además, mediante la adopción de eventuales controles a los paraísos fiscales, a los flujos especulativos de financiamiento y al lavado de dinero, redundará en una reducción del financiamiento al terrorismo.

El gobierno de Chile ha manifestado un compromiso claro y sin ambigüedades con Estados Unidos. Nuestro interés nacional se ha visto afectado por los actos terroristas llevados a cabo en ese país. Chile necesita un comercio libre y seguro, respeto a ciertas normas de convivencia internacional, un clima de estabilidad, paz y orden. Los aten-

tados terroristas nos ponen en el campo de los países dañados, pues tales actos amenazan el consumo en nuestros principales mercados, inciden en el costo de los transportes y de los seguros, y afectan el turismo.

Chile escogió el camino de la globalización para avanzar al desarrollo, y ello trae aparejado oportunidades y responsabilidades. Chile ha sido protagónico en la promoción de la democracia y los derechos humanos, participa en diversas operaciones de paz e impulsa temas nuevos de la agenda global como la seguridad humana y el análisis de la intervención humanitaria. Paralelamente, debido a la singularidad política y económica de nuestro país —así como al compromiso que ha asumido nuestra política exterior con los temas valóricos señalados— hemos sido beneficiados con negociaciones individuales con Estados Unidos y la Unión Europea. En consecuencia, el respaldo claro y decidido de Chile a Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo constituye una posición de principios congruente tanto con nuestra visión del mundo, como con las prioridades de inserción internacional que hemos escogido.

Una manera indirecta de enfrentar los efectos nocivos del terrorismo y de aprovechar mejor las oportunidades que brinda la globalización, es reafirmando una inserción internacional con acento latinoamericano, especialmente en el ámbito político.

La conexión directa del terrorismo con el comercio ilícito de armas pequeñas adquiere indiscutible importancia.

**Los atentados terroristas
amenazan el consumo
en nuestros principales mercados,
inciden en el costo de los transportes
y seguros y afectan el turismo.**

Más allá de los tropiezos suscitados por las crisis externas y los problemas de algunos de sus miembros, el Mercosur es un proceso de integración estratégica que abarca aspectos políticos, culturales, sociales y de integración física. Allí radica su importancia prioritaria para Chile así como la intención de profundizar nuestra presencia en dicho bloque mediante, entre otros, la convergencia gradual de políticas macroeconómicas y el perfeccionamiento de su institucionalidad, incluyendo el mecanismo de solución de controversias.

Chile estima que América Latina debe proyectarse como un vigoroso referente, dotado de identidad propia. Por cierto, la región tendrá que recorrer un largo camino, semejante al de la Unión Europea, para avanzar desde los acuerdos comerciales hasta la integración económica, financiera, política y social.

De la misma forma, y en razón de la diversificada inserción externa de Chile, que se extiende desde las Américas a la región Asia-Pacífico, nuestro país continuará con su política de negociar acuerdos de libre comercio –más allá de la región, Estados Unidos y Europa– con otros países, tales como los de la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA) conformada por Suiza, Islandia, Noruega y Liechtenstein.

Chile requiere intensificar su apertura al mundo. Nuestras exportaciones han crecido sostenidamente durante más de una década, Nuestro comercio exterior representa ahora más del 50 por ciento del producto interno. Estamos convencidos de que las mejores posibilidades de desarrollo para una economía como la chilena radican precisamente en su expansión hacia los mercados externos y en la creciente vinculación con los centros que están en la vanguardia de la innovación tecnológica y de la nueva economía. Ello nos lleva a redoblar los esfuerzos para derribar las barreras proteccionistas al comercio de bienes y servicios.

No podemos dejar de mencionar, en este sentido, la reciente reunión ministerial de Doha, Qatar, que lanzó la ronda de negociaciones más “verde” y favorable a los intereses de los países en desarrollo y a la propia economía mundial desde 1947, cuando surgió el actual tema multilateral de comercio. Tuvimos el honor de conducir al éxito las difíciles negociaciones sobre medio ambiente y comercio y de liderar, junto a Japón y Corea, el grupo de países que promovió exitosamente la negociación sobre antidumping. Si el paquete de acuerdos de Doha culmina en una negociación positiva hacia el 2005, se podrían generar, según el Banco Mundial, 2.3 billones (millones de millones) de dólares en actividad económica al año 2015.

**Los resultados de la reunión de Qatar
fueron un paso hacia la
“humanización” del proceso de
globalización económica.**

Los resultados de la reunión de la OMC en Qatar significaron un paso hacia la “humanización” del proceso de globalización económica. Igualmente, Chile es partidario de introducir reformas para disciplinar y dar más estabilidad al sistema financiero mundial que ha venido experimentando la obsolescencia del sistema de Bretton Woods.

Es necesario gobernar la globalización. Ya hay algunas iniciativas en marcha. El Grupo de los Siete estableció un foro global para el intercambio periódico de información entre los principales reguladores financieros. Se ha propuesto también la adopción de un código de buenas prácticas para la transparencia. En todo caso, hasta ahora, la voz de los países en desarrollo no ha sido considerada.

Hay que enfrentar los peligros con decisión, pero sin producir un retroceso en los procesos fundamentales de la convivencia humana.

Parece pertinente afirmar que cualquiera sea la nueva arquitectura financiera mundial que surja, o los mecanismos de defensa que se establezcan, los países que exhiben sólidas políticas monetarias y fiscales son los que mejor sortean las crisis externas. Por eso, el impacto de la crisis internacional ha sido menos intenso en Chile que en otros países.

Por último, Chile está empeñado en asumir su responsabilidad internacional en el nuevo escenario global. Chile apoya fir-

memente la universalización de la justicia y el desarrollo del derecho humanitario. Dicho proceso, para ser exitoso, debe ser ordenado y, por ello, el establecimiento del Tribunal Penal Internacional merece todo nuestro apoyo. De allí también nuestro apoyo y participación en las operaciones de paz de las Naciones Unidas, como es el caso de la Fuerza de Paz en Timor Oriental, y nuestro propósito de profundizar las medidas de confianza mutua para reducir las amenazas de seguridad convencionales en la región, mediante iniciativas como la de Chile y Argentina de desarrollar, a partir de un estudio encomendado a la CEPAL, una metodología estandarizada para homologar los gastos de defensa.

En suma, estamos frente a un nuevo escenario global plagado de incertidumbres y amenazas no-convencionales, como el terrorismo fundamentalista, que se agregan a los nuevos retos de la post-guerra fría y a los desafíos tradicionales del conflicto interestatal.

Es necesario enfrentar los peligros con decisión, pero evitando producir un retroceso en los principios fundamentales de la convivencia humana. No sería aceptable que en aras de una mayor seguridad se limitaran las libertades, se pretendiera desconocer la diversidad cultural y étnica, se pusiera en cuestión la tolerancia o se vulneraran los derechos humanos. El desafío es, por tanto, cómo continuar aprovechando las ventajas de la globalización y cómo ser eficientes y firmes en la respuesta al terrorismo y a los demás desafíos de seguridad, sin sacrificar los valores humanistas ni la superioridad moral que otorga la lucha antiterrorista desde la legitimidad democrática.